

Stephen L. Brock¹

LAWRENCE DEWAN, O.P., *Forma y ser. Estudios de metafísica tomista*²

Originalmente publicado como: LAWRENCE DEWAN, O.P., *Form and Being. Studies in Thomistic Metaphysics*, Studies in Philosophy and the History of Philosophy vol. 45, The Catholic University of America Press, Washington, D.C., pp. xiii+265. ISBN 0-8132-1461-0, *Acta Philosophica*, vol. 17, fasc. 1 (2008): 189-192.

Esta reseña ha sido traducida y publicada gracias a la gentil autorización del profesor Stephen L. Brock y de *Acta Philosophica*, Rivista Internazionale di Filosofia, Ateneo Romano della Santa Croce, Armando Editore, Roma.

Durante años Lawrence Dewan ha venido manteniendo una posición de eminencia entre los estudiosos de Tomás de Aquino, especialmente en Norteamérica. Sus escritos, sin embargo, no han tenido nada parecido a una circulación apropiada. La casa editora de la Universidad Católica de América ha dado, pues, un primer paso en aras de poner remedio a esta situación a través de este magnífico volumen que contiene trece artículos de Dewan, y que han sido seleccionados entre los más de cien que ha producido a lo largo de los años. Tal como comenta Dewan en la Introducción, si hay un tema dominante a lo largo de estos estudios, es el de “la centralidad de la forma en metafísica” (xi). Allí mismo el autor también expresa su esperanza de publicar dos colecciones más sobre metafísica, una sobre la doctrina del acto de ser (*esse*), y la otra sobre teología natural. El hecho de haber empezado con este tema pone de relieve hasta qué punto el profesor Dewan considera que la forma es central en metafísica y también, tal vez, evidencia cuán urgente es

¹ El profesor Stephen L. Brock es Ph.D. en Estudios Medievales, Universidad de Toronto y Ph.D., en Filosofía, Pontificia Universidad de la Santa Cruz, Roma. Actualmente se desempeña como profesor de Filosofía Medieval, Pontificia Universidad de la Santa Cruz. Es miembro ordinario de la Academia Pontificia de Santo Tomás de Aquino.
Home page: http://www.pusc.it/fil/p_brock/.

² Traducción: profesora Liliana B. Irizar, Escuela de Filosofía y Humanidades, Universidad Sergio Arboleda. Revisión del texto: profesor John Jairo Gómez, Departamento de Lenguas Modernas, Universidad Sergio Arboleda. Agradecemos el valioso apoyo del Dr. Stephen L. Brock, quien ha acogido generosamente la propuesta de colaborar con el Proyecto Dewan en español.

para él, que la forma reciba la debida consideración, incluso (¿o particularmente?), entre los tomistas. En este sentido, el propio Dewan refiere el motivador comentario que recibió una vez de Marshall McLuhan: “Larry, tú tienes que ser el primero en descubrir la causalidad formal” (xii). A lo que Dewan sólo añade lacónicamente: “ya era un poco tarde para eso”. Con todo, me atrevo a decir, que, al menos en algunos aspectos, sus planteamientos constituyen casi un *redescubrimiento*.

En efecto, Dewan ha tomado totalmente en serio la afirmación de Tomás de Aquino, según la cual la metafísica juzga y demuestra *principalmente* a través de la causa formal. Una de las principales tareas del metafísico consistiría en poner de manifiesto la forma sería. De acuerdo con Dewan, dicha tarea no es sino una distracción de aquello que constituye el interés primordial del metafísico, el cual, por supuesto, radica en el *ser*. La preocupación por la forma se da directamente en función del ser (de ahí el título del libro). De hecho, situar los artículos sobre la forma a la cabeza de los que se ocupan del *esse* refleja la comprensión que posee Dewan respecto de la relación intrínseca que existe entre estas “blancos de atención metafísica”. Porque, ciertamente, Dewan da plena cabida a los (innumerables) análisis en los que Tomás de Aquino aborda a la forma como causa respecto del *esse* mismo. La forma es central, precisamente, *porque* la principal aspiración del metafísico es llegar a comprender el *esse*.

De modo que, difícilmente el *esse* puede haber sido dejado al margen de las páginas de este libro, lo cual sería extraño, efectivamente, para alguien entrenado bajo Etienne Gilson, cuyo pensamiento Dewan conoce íntimamente, y Joseph Owens (de hecho, su tesis doctoral, dirigida por Owens, fue sobre el *esse* en Capreolo). “En mi opinión”, nos asegura Dewan, “mis maestros acertaron totalmente a la hora de presentar la doctrina de Tomás de Aquino sobre el *esse*” (xii). Sin embargo, por mi parte, no puedo estar tan de acuerdo con el comentario en la sobrecubierta del libro, según el cual “los ensayos de Dewan exponen esencialmente el mismo esquema” que aquel presentado “por los más destacados metafísicos tomistas del siglo veinte.” A ciencia cierta, existen diferencias significativas, e incluso esenciales, en el esquema trazado por Dewan –su presentación del *esse* mismo. En este sentido, es reveladora

una observación hecha por Dewan en la Introducción: “Mi tesis es que una recta concepción de la forma debería tender a confundirla con el acto de ser”; esto es así, precisamente, en razón de la afinidad que existe entre los dos” (xi).

Esto se encuentra indudablemente conectado con otra diferencia, señalada por Dewan, entre él y sus maestros: Dewan se encuentra “mucho más inclinado que ellos a subrayar la continuidad de pensamiento que se da entre Aristóteles y Tomás de Aquino, también con relación a la doctrina del acto de ser” (xii). En mi opinión, y de acuerdo con la lectura hecha por Dewan, se puede afirmar que, si bien en Tomás de Aquino la *distinción* entre forma y acto de ser se muestra de modo mucho más explícito y sistemático, no obstante, también en la perspectiva metafísica de Aristóteles el acto de ser “aparece bastante en escena”. Justamente es *por eso* que la forma es tan relevante en su metafísica. Por otro lado, Dewan sostiene que “sólo se puede llegar a entender adecuadamente el *esse* de las cosas causadas si se consideran las implicaciones de la causa eficiente” (xi). Esto sugiere que a la teología natural le corresponde un papel decisivo en la doctrina del *esse* en su conjunto, lo cual es algo en lo que Gilson y Owens también insistieron en su propia manera.

Los artículos no se encuentran ordenados cronológicamente, sino de algún modo sistemáticamente, desde los principios a las conclusiones y desde lo general a lo particular. Primordialmente, son lecturas minuciosas de Santo Tomás. El estilo de Dewan se caracteriza por ser siempre nítido, libre de tecnicismos innecesarios y de despliegues de rara erudición (difícilmente por falta de recursos). Un distinguido profesor de filosofía moderna me dijo una vez que, a menudo, él consulta a Dewan acerca interpretaciones de Descartes). Efectivamente, uno percibe de inmediato cuán minucioso es Dewan en su manejo de los textos. Me refiero a una destreza filosófica auténtica, no a la simple habilidad para “mover las piezas”. Con todo, presumo que, a fin de obtener el mejor provecho de lo que Dewan tiene para ofrecernos, se necesita al menos alguna familiaridad previa con Tomás de Aquino. De lo contrario, se corre el riesgo de no apreciar su extraordinaria sensibilidad para percibir lo que está *ocurriendo* en los textos –las decisiones que implica la construcción de un pasaje, los movimientos de pensamiento a lo largo de las diversas presentaciones de un tema, y así sucesivamente –como también su capacidad

para ayudarnos a volver a promulgar las “revelaciones” intelectuales que los textos pretenden sugerir. Un rasgo destacado del estilo metafísico de Dewan es, de hecho, el uso constante que hace del lenguaje visual. En efecto, practicar la metafísica no es meramente pensar “sobre” el ser. Es también, y más fundamentalmente, ver las cosas “desde el punto de vista” del ser. Ahora bien, el que exista tal punto de vista, y la manera de abordarlo y aprovecharlo, son cosas que, por supuesto, la mayoría de nosotros necesitamos aprender. Pero de alguna manera nos damos cuenta de que hay quienes ven mejor que nosotros, y que, de ese modo, nuestra visión mejora cuando los miramos a ellos (Maritain dijo una vez de Tomás de Aquino que “la contribución de Aristóteles sólo era decisiva en el sentido de que le ayudó a ver”. ¡“Sólo!”). Dewan afirma estar de acuerdo con Gilson en que “el enfoque más profundo en la educación filosófica consiste en vivir algún tipo de aprendizaje junto a gran filósofo. Yo he vivido mi aprendizaje con Tomás de Aquino. El hecho de que, en esta relativamente tardía época de mi vida, todavía esté presentando sus planteamientos de la mejor manera posible, significa simplemente que aún soy un aprendiz” (xiii). Algunos de nosotros, en cambio, necesitamos, además, de otro aprendiz para que nos ayude a comprender al maestro.

Los primeros cuatro ensayos tratan acerca de la naturaleza y de los principios del conocimiento metafísico. En el primero de ellos (“¿Qué es la Metafísica?”), al cual lo describe como una especie de advertencia, Dewan reflexiona sobre, el de alguna manera paradójico hecho, de que para la mente humana la captación metafísica es, al mismo tiempo, lo más cierto y lo más difícil, y examina algunas de las estrategias ofrecidas por Platón y Aristóteles para alcanzar dicha captación.

El segundo ensayo (“¿Qué significa estudiar el ser “en cuanto ser?”), presenta un panorama de los diversos ámbitos de conocimiento del ser, mostrando que para Tomás de Aquino el ser realmente posee una “naturaleza”, si bien una naturaleza que aparece intrínsecamente diversificada y estratificada jerárquicamente. Esto también encierra algo de paradójico: cuánto más se logra captar la universalidad de esta naturaleza en toda la plenitud de su alcance, tanto más se aprecia su condición de *productio*, esto es, su procedencia de una realidad más amplia.

En ambos ensayos, la concepción hilemórfica de las cosas sensibles es presentada como algo fundamental, y de ningún modo como un logro adquirido “de una vez y para siempre”. En efecto, Dewan considera que la mentalidad materialista de los presocráticos constituye una “presencia perenne”, ocupándose detalladamente del tema en el último artículo (“La importancia de la sustancia”), donde diagnostica cuál es la ontología implícita en muchas teorías cosmológicas y evolucionistas contemporáneas, e inspirándose en Charles de Koninck, concibe tratamientos que implicarían desarrollar algunas ideas sobre la forma sustancial que Tomás de Aquino sólo sugiere. De este modo es posible constatar que existe una diferencia entre ser un aprendiz y ser un simple imitador. Pero si el énfasis puesto sobre el hilemorfismo y la causa formal pudiera todavía dar la impresión de que se trata de una recaída en “el mero aristotelismo”, deberíamos introducirnos en el octavo ensayo, “Santo Tomás, la Metafísica, y la causalidad formal”. Es éste un *tour de force* exegético respecto del análisis de la causa formal que ofrece Tomás de Aquino en su comentario a la *Metafísica* 7 y 8 (ciertamente, se podría calificar este ensayo como un estudio sobre el estilo de “aprendizaje” propio de Tomás de Aquino). En efecto, Dewan pone allí de relieve cómo Tomás de Aquino, en los lugares donde Aristóteles recurre a una consideración meramente “lógica” de la sustancia en términos de género y diferencia, tuerce el texto poniendo un énfasis más intenso en el hilemorfismo. Ahora bien, Tomás de Aquino denomina “filosófico” al análisis de la sustancia sensible en términos de materia y forma. El punto adicional radica en que es a través de este análisis que el verdadero estatus de la forma como “causa del ser” sale a la luz. El tercer y el cuarto artículo (“Santo Tomás y las semillas de la Metafísica” y “Santo Tomás, la Física, y los principios de la Metafísica”) presentan una tesis que sitúa a Dewan aparte de muchos otros buenos tomistas. Es la tesis de que el *ens* que es objeto de la metafísica, o del cual la metafísica busca sus principios y causas, no es otra cosa sino el *ens* al que Santo Tomás identifica *primum cognitum*, es decir, lo primero aprehendido por el entendimiento humano. Porque argumenta Dewan, si bien nosotros primero captamos el *ens* en las cosas materiales, sin embargo, la materia no queda incluida en su propia *ratio* de ente; y aunque el ente como *primum cognitum* se alcanza por medio de la abstracción, teniendo de ese modo el carácter de una simple *specie* inteligible

o *forma*, no obstante, es algo que ya incluye de alguna manera al *esse* (y, consiguientemente, puede ser denominada correctamente *ens*). Pero el ente así captado no incluye la materia porque tal captación consiste en una aprehensión de la forma, simplemente como forma, esto es, no individualizada como sí lo está la forma que inhiere en la materia. Pero incluye al *esse* por la misma razón: porque es una aprehensión de la forma como forma, lo cual es lo mismo que decir, como acto –como aquello gracias a lo cual la cosa está “en acto” o es un “ser” en el sentido propio del término.

Uno queda impactado aquí, entre otras cosas, por la nobleza que, a los ojos de Dewan, Tomás de Aquino atribuye a la operación de la abstracción en general, y en particular a los movimientos más primitivos de la mente humana. Todos ellos “pertenecen a la sabiduría”. Lo cual significa que establecen una “relación inmediata” entre la mente y la causa más alta. El desplazamiento de esta relación es, de hecho, la vida misma de la fe. Es así, que Dewan está en condiciones de corroborar con fuerza la afirmación de *Fides et Ratio* (§64), según la cual “el ser humano es filósofo por naturaleza.” Dewan, incluso, diría un filósofo “primero”, un metafísico –sólo en germen, por supuesto- lo cual, me atrevo a afirmar, es lo que quiere decir *Fides et ratio*.

La concepción que posee el padre Dewan de la metafísica como filosofía “primera”, también es acentuadamente fuerte. Aunque él no lo expresa explícitamente de ese modo, me atrevería a decir que, desde su perspectiva, la metafísica no es meramente la más fundamental o la más elevada de las ciencias filosóficas, sino que constituye más bien el *sentido* primario de la filosofía. Esto es, tomada absolutamente, la filosofía es metafísica, y ninguna otra cosa es filosofía, a menos que esté unida a la metafísica. Lo cual significa que la metafísica no entra a jugar únicamente en los límites de la búsqueda filosófica, ni se ocupa solamente de generalidades. De alguna manera, la metafísica, se adentra en todas las cosas –everything *about* everything³. Un notable ejemplo de esto lo constituye el sexto ensayo: “Santo Tomás y la analogía: el lógico y el metafísico”, donde Dewan sostiene que, aún en lo relativo a los nombres, un tema que la mayoría consideraría como una materia

³ N.T: hemos conservado la expresión inglés utilizada por el profesor Brock, debido a que pierde toda significación si se la traduce al español.

exclusiva del lógico, las determinaciones últimas pertenecen al metafísico – alguien que considera el *ser* de los nombres, el cual, por supuesto, está relacionado con los seres que los nombres designan.

El séptimo ensayo, “Santo Tomás y el principio de causalidad”, se refiere a la inteligibilidad de las nociones causales. Naturalmente, al mencionarse este punto uno piensa en Hume. Ahora bien, Dewan considera que la posición de Hume es el resultado bastante lógico que se sigue de haber descuidado –¿puede uno adivinar?– la causa formal. Porque la causa formal es, en efecto, la más, y la más inmediatamente, inteligible de las causas. La inteligibilidad de las demás causas depende de ella. La causalidad eficiente, por ejemplo, sólo puede ser comprendida en tanto que confiriendo una forma. En un ejercicio magistral de reducción metafísica, Dewan pasa a explicar la mayor inteligibilidad de la causa formal debido a su mayor proximidad con la naturaleza o *sustancia* respecto del *accidente*. En otras palabras, la sustancia es más cercana al modo de *ser* más inteligible. Éste es un claro ejemplo de lo que significa ejercitarse en ver las cosas –en este caso, las causas– desde el punto de vista del ser.

Es en los ensayos nueve, diez y once, donde se trata extensamente el tema del papel causal de la forma con relación al *esse*. El noveno (“Santo Tomás, el método metafísico, y la causa formal”) se ocupa de la naturaleza *per se* de la relación entre forma y *esse*, cuyo vínculo es, incluso, más estrecho que el que se da entre una cosa y sus propiedades. En el décimo escrito (“Santo Tomás, forma e incorruptibilidad”), Dewan, ofrece las diversas discusiones sobre la inmortalidad del alma humana generadas por Tomás de Aquino a lo largo de su carrera, y resalta la progresión gradual que se observa en tales discusiones, la cual avanza desde las explicaciones “físicas” –que se basan en la carencia de contrarios por parte del alma o en el hecho de no estar sujeta al movimiento– hacia lo que Santo Tomás juzgaría eventualmente como la exposición más apropiada y explicativa. Ésta descansa en una perspectiva metafísica, la perspectiva misma de la forma como causa *per se* del *esse*. Curiosamente, dicha explicación entraña la posibilidad de ver la subsistencia del alma, no como un mero acompañamiento de su naturaleza de forma, sino como algo que pertenece a su misma perfección en tanto que tal naturaleza. Finalmente,

el décimo primer artículo (“Santo Tomás entre forma y ser en las cosas causadas”) nos brinda la explicación en torno a la necesidad que he mencionado anteriormente: la de traer a colación la jerarquía causal a fin de captar la realidad de la “distinción real”.

El décimo segundo y el décimo tercer ensayo nos ayudan a remover cualquier tipo de sospecha según la cual, la “abstracción” metafísica supone necesariamente el perder de vista el dinamismo y la concreción de lo real. De estos dos últimos existe también algo así como la visión desde el punto de vista del ser. El ensayo 12 se centra en la noción metafísica de “naturaleza”, o esencia en tanto que ordenada a la operación: “La naturaleza como objeto metafísico”. Aquí Dewan argumenta a favor de la presencia de dicha noción en la concepción de la metafísica como ciencia, y luego pasa a la *Summa theologiae* I, q. 77, la cual se ocupa de la relación entre el alma humana y sus facultades, un tema que Dewan considera como la exposición metafísica ofrecida por Tomás de Aquino respecto del alma *qua* naturaleza. El último artículo, sobre “El individuo como un modo de ser según Tomás de Aquino”, nos insta respecto de la necesidad de concebir la individualidad no sólo en términos de distinción entre lo particular y lo universal, sino también y sobre todo, como el principal modo de ser: el de *la cosa subsistente* (como opuesta a lo meramente inherente). Durante la discusión, Dewan contradice la muy común visión según la cual el verdadero “principio de individuación” es el *esse*. Esto es así únicamente en el caso en el que el *esse* subsiste.

STEPHEN L. BROCK